

Cuadernos del Sur

Año 16 - Nº 30

Julio del 2000

Tierra  fuego
del

Un siglo de revoluciones

Guillermo Almeyra

Aunque esté de moda sostener que las revoluciones no fueron tales- desde la Inglesa y la norteamericana pasando por la francesa hasta hoy- debemos descartar esa pretensión ideológica que tiene mucho de exorcismo. Nuestro siglo fue el de las revoluciones, comenzando por la rusa en 1905, la mexicana, la persa, la china a fines de la primera década, siguiendo por la rusa de 1917, con todos sus ecos en Europa oriental y central (Alemania, Hungría, en particular), continuando con la segunda revolución china diez años después, prosiguiendo por la revolución española que en realidad empieza en Asturias en 1934 y terminando con la revolución yugoslava, durante la guerra, y con la tercera revolución china, en los primeros años 1940, así como con todas las

revoluciones anticoloniales (en América Latina, con las revoluciones antimperialistas, como la revolución boliviana de 1952 y la cubana de 1959 y la nicaragüense). El hecho de que todas “hayan terminado mal”, con la reconstrucción del orden anterior o con su degeneración, no quita que se hayan producido.

El argumento principal de quienes sostienen que todas estas revoluciones no eran sino rebeliones, motines, asonadas, es que los campesinos en particular y las grandes masas en general, en cuyo nombre ellas se hicieron, siguieron siendo explotados. Las revoluciones, según estos estructuralistas que acusan al marxismo de estructuralismo por su clasismo, y de positivismo por su supuesta



teleología, deberían cambiar el carácter de clase del Estado; como no lo han hecho, no serían más que cambios de sector de la clase dominante.¹ Sin embargo, la característica principal de una revolución, decía Marx, es que “cambia a quienes la hacen” y es evidente que, si en las revoluciones mencionadas el sistema social no cambió y se afirmaron nuevos sectores dominantes, en cambio sí se destruyó el poder de los terratenientes o de los colonialistas y las clases dominadas adquirieron no sólo ventajas materiales sino también una nueva dignidad, una identidad más rica que forma parte de su armamento político y de su imaginario colectivo. Si así no fuera ¿por qué en Inglaterra se sigue hablando de los Comunes, por qué en Estados Unidos se habla de la democracia jeffersoniana que no existe y en Francia las autoridades, para legitimarse, siguen cantando La Marsellesa o en México se entierra a los revolucionarios sociales en el Panteón de los Hombres Ilustres?

Cada una de esas revoluciones no es, en realidad, más que un episodio de la lucha por realizar a escala mundial la incompleta Revolución Francesa necesaria para asegurar los Derechos del Hombre

y del Ciudadano, uniendo democracia y transformación social. Lo que une a los adversarios del concepto mismo de revolución y del carácter de revolución de estas grandes transformaciones es su inmediatismo pues quieren presentar de ya al cobro el cheque que, según ellos, la revolución habría firmado a pesar de no tener fondos, y es también su visión estrictamente local, pues no ven las fases en el capitalismo mundial ni los fenómenos como parte de un proceso ininterrumpido de lucha de clases. Además, olvidan que nadie entra a un proceso revolucionario sabiendo a dónde conducirá; por el contrario, es arrastrado por una gigantesca marea en la que trata de nadar y que lo conduce a playas insospechadas, a velocidades y con sobresaltos inimaginables. La revolución, por lo tanto, no se define ni por las declaraciones de sus “predecesores” ni por las intenciones y posiciones de sus protagonistas. Todos éstos tratan de orientarse por los ejemplos del pasado, por “modelos” inaplicables a su realidad pero que determinan su pensamiento, su retórica, incluso sus esfuerzos y temores: los jacobinos querían imitar a los republicanos romanos, los

bolcheviques a los jacobinos y Lenin bailó en la nieve cuando la Revolución rusa duró un día más que la Comuna de París y los chinos intentaron imitar el ejemplo ruso. *Le mort saisit le vif...* ² Las revoluciones democráticas, con un contenido social fuerte pero no predominante, como la mexicana, las dos primeras revoluciones chinas, la persa y la rusa de 1905, se caracterizaron por realizar las tareas burguesas con la fuerza de las masas plebeyas ante la inexistencia de una fuerte burguesía democrática capaz de conducir las y canalizarlas, burguesía que debió ser creada y fomentada por el Estado, el cual asumió así un papel aparentemente independiente. Fue también el Estado el que creó los elementos culturales para tratar de inventar la nación y darle unidad e identidad (Sun Yat Sen, Reza Pahlevi, los sonorenses, Lázaro Cárdenas). Las revoluciones sociales (la rusa de 1917, obrero-campesina, la China, campesina, la yugoslava, campesina-obrera) en los países escasamente industrializados y con desarrollo desigual y combinado (que unía el atraso precapitalista del hinterland a la concentración proletaria urbana por obra del imperialismo extranjero), ante la imposibilidad

de unir su suerte a la de las masas urbanas y proletarias de los países capitalistas decisivos desembocaron en un híbrido de transformaciones materiales y culturales y de poder contrarrevolucionario, termidoriano. En efecto, pagando un enorme costo social un régimen totalitario que asumía los valores y las técnicas del capitalismo y las unía con el despotismo, un sistema burocrático, dominado por una casta con ideología de clase explotadora de tecnócratas-burocratas deseosos de tener los privilegios de los propietarios capitalistas, logró transformaciones técnicas y culturales importantes pero oprimió y despolitizó a quienes debía representar y servir. El llamado "socialismo real", lejos de estar constituido por "Estados obreros", incluso "degenerados", y de formar un "sistema no capitalista", un "mercado alternativo", se caracterizaba por aparatos estatales de opresión integrados en el mercado capitalista mundial y compartía los valores y comportamientos del capital. Porque la transición no se hace en un solo país, sino en escala mundial, porque ella no tiene una base sólo económica-productiva sino también ética y teórica, porque el Estado es una rela-

ción social y no una entidad homogénea y no se le puede adjetivar con un concepto que pertenece a otro tipo de categoría, como el de "obrero" sin con ello excluir al resto de la sociedad y, por lo tanto, definir una dictadura de un sector, en el mejor de los casos, de la minoría obrera (o trabajadora moderna), es decir, de la burocracia.

La revolución obrero-campesina boliviana, importantísima por haber destruido al ejército, formado las milicias obreras y campesinas, construido organismos de masa (la Central Obrera Boliviana, sobre todo) que funcionaban como órganos de poder dual y por haber dado el programa más avanzado de los movimientos sociales latinoamericanos (el de Pulacayo), fracasó porque la dirección proletaria minera de la revolución democrática-agraria estaba políticamente subordinada al nacionalismo pequeñoburgués del Movimiento Nacionalista Revolucionario y el mismo tipo de fracaso, pero peor, se presentó en el caso de los sandinistas. Lo mismo sucedió en Africa con las revoluciones democráticas anticoloniales y sus direcciones nacionalistas pequeño burguesas con el agravante del escaso peso proletario (salvo en

Nigeria y Sudáfrica) y de los problemas étnicos y religiosos resultantes de la gran heterogeneidad social heredada del colonialismo, que dio un papel aún más bonapartista al aparato estatal y aceleró la corrupción de los dirigentes del mismo.

La revolución cubana es un caso aparte. Nadie se toma en serio su carácter "socialista" que los cubanos recién conocieron por radio una mañana en un discurso de Fidel Castro. La de 1959 es, en efecto, la continuación de la revolución de independencia dirigida por Gómez, Maceo, Martí y continuada por la lucha contra Machado y por Guiterras, del cual Castro es un seguidor. Fue y es una revolución antimperialista y democrática, encerrada en la guerra fría, y burocratizada, entre otras cosas, gracias al bloqueo imperialista que llevó al gobierno de La Habana a hacer de tripas corazón e imitar a los soviéticos, repudiados hasta principios de los años 1960. Fidel Castro es un caudillo nacionalista antimperialista y el consenso de que dispone es negativo, pues proviene de la conciencia de la mayoría de los cubanos de que si cae el régimen Cuba será un

Panamá más, otro Puerto Rico. El sostén del régimen no es el socialismo sino el nacionalismo antimperialista y no es Marx su inspirador sino Martí. Lo cual no quita que la revolución cubana haya sido y sea aún en parte una revolución importante en nuestro siglo y un estímulo -aunque no un ejemplo- para las luchas sociales del siglo futuro. Porque las revoluciones no deben por fuerza conducir directamente al socialismo que, por otra parte habría que redefinir... pero eso es materia de otro artículo.

Notas

1. Ver al respecto tanto a Luis Villoro, "Sobre el concepto de revolución" en *Teoría*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, año 1, n° 1, julio de 1993, México, págs 69-86, como a Alan Knight, "La revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista o simplemente una 'gran rebelión'?", artículo publicado inicialmente en *Latin American Research*, vol. 4, n° 2, Londres 1985, en el cual refuta a los autores que niegan que haya sido una revolución y a los que dicen que fue en cambio una revolución socialista interrumpida.
2. "El muerto atrapa al vivo" (o sea, el pasado nos condiciona fuertemente).

DESDE LOS PUNTOS
CUATRO

Correo de Prensa Internacional

Xola 81
Col. Alamos
C.P. 03400 Mexico, D. F.
Tel/fax (5) 590-0708
csapn@laneta.apc.org